

Sobre la escritura y el Lenguaje como tecnologías

REVISTA CARTÓN PIEDRA

La escritura siempre ha sido (y será) una tecnología

<https://xaviergomezmunoz.wordpress.com/2018/02/23/la-escritura-siempre-ha-sido-y-sera-una-tecnologia/>

Texto:

La Paradoja.

Blog de Xavier Gómez Muñoz, autor de 'Crónicas' (Dinediciones, 2019). Utilizo este espacio para recopilar algunas publicaciones recientes. Soy periodista, quiteño, también me dedico a la docencia. Todos los artículos aquí publicados son de mi autoría.

“En el principio era el verbo... y el verbo se hizo carne” (Juan 1:14) puede tener un significado que no es místico, sino científico. En un proceso de miles de años el lenguaje ha alterado de manera profunda, como no lo ha hecho ninguna otra invención, la consciencia humana (Ong, 2006: 87). Es esa voz inseparable de la consciencia que cada persona “escucha” en su cabeza cuando piensa, cuando pone en orden sus ideas o lee; se propaga a través de sonidos mientras habla y se reproduce física o inmaterialmente -digamos, en una hoja de Word- cuando escribe. El lenguaje es uno de los rasgos que define a la especie. Y a él le siguen, en orden de impacto y relevancia, el resto de creaciones humanas.

Desde de los inicios de la humanidad, las culturas han sido fundamentalmente orales y de ahí la importancia que le han dado -por ejemplo, los griegos- a la retórica o el arte del buen decir. La Antigüedad empezó con la invención de la escritura. Escribir significa aislar el lenguaje (que es fundamentalmente oral) de su entorno natural, del caos y diversos elementos que forman la realidad (2006: 87), en un proceso más ordenado que el del habla y condicionado por técnicas compositivas y experiencias propias o documentales, con el fin de plasmarlo sobre un soporte. En ese aislamiento o distancia del mundo natural -y de su autor, si se quiere- se estimula cierta capacidad reflexiva (2006: 105) y demás atributos que hacen de la palabra escrita, y particularmente del libro, la principal ruta hacia la ciencia y el conocimiento.

Aunque en sus orígenes los humanos tuvieron que crear primero un sistema de escritura y luego aprender a interpretarlo, en adelante el proceso ha funcionado a la inversa: los niños aprenden primero a leer y después a escribir (Manguel, 1998: 22). Se pueden leer las señales de tránsito, un libro, la gestualidad de un rostro y una mirada, la postura de un cuerpo en torno a su estado de ánimo, pasajes en vitrales de iglesias o cuadros, silencios, espacios en blanco, ilustraciones, diagramas y estadísticas, símbolos matemáticos, música, el estado del clima, ciertos lenguajes de programación (1998: 21-22). La lectura, así entendida, es un ejercicio de interpretación cultural -inserto en el marco de una cultura- que se da a través de los sentidos. La vista, se sabe, es el más universal de los sentidos, pero no el único que sirve a la lectura: es posible leer con los dedos -el braille, por ejemplo-, existen los audiolibros y hoy en día se discute sobre la experiencia sensorial que implica leer en papel.

Desde las tablillas de arcilla que son el primer soporte de la escritura del que se tiene registro ya en el cuarto milenio previo de la Era cristiana, los jeroglíficos de los egipcios y los mayas y el sanscrito en la India, hasta los rollos de pergamino, el papiro, el papel, los procesadores informáticos de palabras (Manguel, 1998: 43), los software y medios sociales que hacen posible la redacción digital o electrónica, la escritura siempre ha estado mediada por una tecnología. Es más: la escritura es, en sí misma, una “tecnología interiorizada” (Ong, 2006: 85), creada por el ser humano y capaz de modificar su cultura.

Con herramientas rudimentarias, los sumerios registraban sobre piezas de arcilla pictogramas que representaban palabras y objetos, se trata de la escritura cuneiforme. En la Antigüedad, escribas y copistas plasmaban transacciones comerciales y acontecimientos importantes en rollos de pergamino hechos con piel de animales y, poco después, en códices de papiro o manuscritos encuadernados -he ahí una forma original del libro-. Los tipos móviles que lograron el desarrollo de la imprenta ya existían en las culturas orientales en los siglos VII y VIII, pero funcionaban con pictogramas o registraban palabras completas, no caracteres. En base al sistema de escritura alfabética, es decir, a la representación visual de fonemas, un orfebre alemán llamado Johannes Gutenberg desarrolló tipos alfabéticos móviles y fue aquella invención -la impresión tipográfica alfabética, no la imprenta como tal- la que facilitó a partir del siglo XV la reproducción y propagación del libro. Pero no solo eso: la impresión significó, además, la materialización del lenguaje oral y el conocimiento, en un nivel superior al que le otorgaba la escritura a mano. La impresión hizo del libro un objeto (Ong, 2006: 117-118).

La impresión fue un avance fundamental para la humanidad y el conocimiento, pero la escritura se seguía haciendo a mano: los artesanos de la palabra trabajaban en manuscritos. Patentada en 1829, la máquina de escribir trajo consigo otra revolución para la escritura, tanto para sus usos administrativos como para la que se hacía en privado. El bolígrafo, a partir de la década de 1940, relegó al tintero y a la pluma, sustituyendo la noción de “bella caligrafía” por la de “escritura legible”. Y en el último cuarto del siglo pasado, la computadora desplazó a la máquina de escribir, aunque conservó la distribución alfanumérica de su teclado y le añadió ciertas teclas suplementarias (Ferreiro, 2006).

Pero la historia de la escritura no termina allí. A la computadora personal o PC en la década de 1970, le siguió un desarrollo aun más acelerado de la informática, la expansión global de internet y el auge de los dispositivos móviles con conexión web. Estas tecnologías, aplicadas al procesamiento de información y a la comunicación, han trastocado paradigmas y propiciado alteraciones en los procesos de representación del lenguaje, entre otros ámbitos de la comunicación humana. Así, la humanidad pasó en los últimos seis milenios del pictograma a la escritura electrónica o digital. Un tipo de escritura que supera la linealidad de sus soportes anteriores -es hipertextual-, que incorpora elementos multimedia e icónicos -por ejemplo, los emoticones-, que estimula la interactividad y ha introducido nuevos sistemas de referencia y formas narrativas (Mostacero, 2004). Entre ellas, el correo electrónico, los foros y el chat.

Si la escritura es una “tecnología interiorizada” es evidente que ésta, a su vez, precisa de herramientas o instrumentos específicos, de un soporte y el dominio de una técnica, como la utilizada para registrar el lenguaje con una pluma y un tintero sobre un trozo de papel o por medio del teclado digital de un teléfono móvil en las redes sociales. A través de sistemas informáticos aplicados al conocimiento de la lengua, las tecnologías actuales son capaces de “reconocer, analizar, interpretar y generar lenguaje” (Lavid, 2005: 25). Han llegado, incluso, a introducir recursos que antes no estaban contemplados, como el acceso prácticamente ilimitado a fuentes de consulta (enciclopedias, diccionarios, medios de comunicación, bibliotecas digitales y publicaciones), procesadores electrónicos de palabras que facilitan la edición, la corrección ortográfica y el copiado y pegado, traductores de idiomas, sistemas de almacenamiento, publicación, difusión y etiquetado o clasificación -hablemos del hashtag-, entre otras innovaciones.

Así las cosas, no es raro que en un proceso dado por la incorporación de recursos y posibilidades, se evidencien otros hábitos, representaciones, estilos... como ocurrió en su

momento con el surgimiento del tintero y la pluma, la máquina de escribir o el bolígrafo. Académicos e intelectuales han advertido sobre las consecuencias actuales del constante copiado y pegado de información y sobre los riesgos de trasladar la memoria a las máquinas, cuya práctica frecuente implicaría cierto debilitamiento para la memoria humana y la inteligencia. Pero lo cierto es que aquella discusión viene desde la Grecia clásica (alrededor de 400 años a. C), cuando Sócrates y su discípulo Platón se oponían -la paradoja es que Platón lo hizo mediante escritos- a la escritura (Ong, 2006: 83): una ayuda para la memoria o para trasladar físicamente el lenguaje -en la Antigüedad las culturas eran sobre todo orales, ¿recuerdan?-, a quien estaba ausente, mas no el camino para acceder a la sabiduría en la cuna del pensamiento occidental.

Fruto de las tecnologías del lenguaje se han detectado también alteraciones en la escritura sobre todo de jóvenes y adolescentes, que tienden cada vez más a las abreviaciones, a inventar siglas, a la incorporación de símbolos, combinaciones alfanuméricas, idiomas, códigos y significaciones... Pero, por otro lado, existen estudios (Henaó y Ramírez, 2006) que muestran cómo los procesos de aprendizaje mejoran notablemente gracias a estas tecnologías puestas a favor de la escritura, lo cual lleva inevitablemente a ciertos cuestionamientos: ¿en los procesos educativos se enseña a escribir con el fin de desarrollar capacidades expresivas en niños y adolescentes o para demostrar conocimientos y tomar apuntes (tomar notas no es lo mismo que escribir)? ¿El desarrollo de destrezas compositivas aclara el conocimiento y aporta al proceso de aprendizaje? ¿Las campañas y todo tipo de acciones orientadas a cultivar los hábitos de lectura podrían complementarse con campañas de escritura? ¿Personas que escriben forman sociedades que leen?

En cuanto a lo que se conoce como escritura profesional -digamos, formal, artística o académica-, las alteraciones suscitadas por estas tecnologías del lenguaje quizá aún no se muestren demasiado marcadas. Sin embargo el crecimiento acelerado de la cultura digital hace cada vez más necesario estudiarlas, desde un enfoque lingüístico y literario. Después de todo, si en el lenguaje habita una parte esencial de la consciencia humana, sus narrativas podrían esconder ciertas claves.

*Este artículo forma parte de los estudios de doctorado del autor y fue publicado en el suplemento cultural Cartón Piedra, edición 23 de febrero de 2018.

Imagen: Portada Cartón Piedra.

REFERENCIAS.

Ferreiro, E. (2006). "Nuevas tecnologías y escritura". Revista del Colegio de profesores de Chile, 11(30), 46-53.

Henaó, A. & Ramírez, D. (2006). "Impacto de una experiencia de producción textual mediada por tecnologías de información y comunicación en las nociones sobre el valor epistémico de la escritura". Revista Educación y Pedagogía, 18(46), 223-238.

Lavid, J. (2005). *Lenguaje y nuevas tecnologías. Nuevas perspectivas, métodos y herramientas para el lingüista del siglo XXI*. Madrid: Ediciones Cátedra.

Manguel, A. (1998). *Una historia de la lectura*. Madrid: Alianza Editorial S.A.

Mostacero, R. (2004). "Oralidad, escritura y escrituralidad". Sapiens, 5(1), 53-75.

Ong, W. (2006). *Oralidad y escritura. Tecnologías de la palabra*. México: Fondo de Cultura Económico.

Tortosa, V. (2008). *Escrituras digitales. Tecnologías de la creación en la era virtual*. Alicante: Universidad de Alicante.

3 El Lenguaje como tecnología.

14.09.2004

La escritura como tecnología

Platón consideraba a la escritura del mismo modo que hoy se considera a la computadora. Como en la actualidad hemos interiorizado la escritura de un modo tan profundo, nos cuesta verla como una tecnología. Pero necesita de todo un equipo de herramientas para materializarse: tanto plumas como tintas, papeles u otras superficies. Existe una línea de continuidad entre escritura, imprenta y computadora de las cuales la escritura es la innovación más radical: la reducción del sonido dinámico al espacio inmóvil.

Por contraste con el habla natural, la escritura es completamente artificial ¿Quién nos ha enseñado a hablar? Hemos aprendido naturalmente, gracias a una herencia genética y biológica que nos ha dotado de una capacidad de adquirir el lenguaje, propia de la especie humana. Pero ¿quién nos ha enseñado a leer y escribir? Es probable que podamos identificar ese proceso de aprendizaje con un espacio y un tiempo determinados, y hasta con una persona: alguien nos ha enseñado de acuerdo a pautas diseñadas conciente e institucionalmente por el sistema educativo: la mayoría de nosotros ha aprendido a leer y a escribir en la escuela, ese lugar donde la naturaleza de la mayoría de los individuos toma contacto con las normas y las pautas sociales, convirtiéndose entonces en un ser social y tecnologizado.

¿Qué queremos decir con esto? Que si las tecnologías acompañan al hombre en su evolución histórica y social de un modo adecuado, lo modelan y lo transforman profundamente. Por ejemplo, la psicología cognitiva ha descubierto que trastornos cerebro-vasculares pueden producir trastornos en la lectura o en la escritura, aún cuando se conserven normales actividades lingüísticas orales, tales como producir oraciones complejas, nombrar objetos, o comprender el lenguaje hablado. Esto quiere decir que en su evolución el hombre ha incorporado la escritura a su actividad cerebral: la artificialidad de la tecnología ha modelado la naturaleza del hombre. Del mismo modo, Bruce Mazlish nos recordaba cómo la estructura del esqueleto humano, especialmente sus extremidades, se habían adaptado al uso de las primeras herramientas en la prehistoria.

¿Qué efectos tuvo lo impreso sobre la formación del pensamiento occidental?

En este sentido, **Olson formula ocho principios** mediante los cuales la escritura se constituye no como una transcripción del habla, sino como un modelo para ésta.